UNA NUEVA RESIDENCIA DE LA INSTITUCION TERESIANA

EL día 19 de abril se inauguró en Madrid el nuevo Colegio Mayor Padre Poveda, perteneciente a la Institución teresiana, enclavado en la Ciudad Universitaria. El acto fué presidido por la esposa del Jefe del Estado, doña Carmen Polo de Franco.

La sesión dió comienzo con unas palabras de saludo de la directora de la Institución teresiana, quien aludió a los esfuerzos llevados a cabo por la obra para llegar a la fundación de este Colegio Mayor, en cuya realización tanto entusiasmo han puesto la esposa de S. E. el Jefe del Estado y el Ministro de Educación, merecedores de la máxima gratitud de las teresianas españolas.

Discurso de D. José Ibáñez Martín.

A continuación, el Ministro de Educación Nacional, don José Ibáñez Martín, pronunció las siguientes palabras:

«No quiero, con un solemne discurso, quebrantar la sencillez de este acto, Por el contrario, dentro de esta misma línea de elemental y luminosa austeridad teresiana, desearía sumar humildemente, con mis palabras, mi satisfacción de gobernante a vuestra alegría tradicional —y hoy renovada— de fundadoras.

Porque si para vosotras, inaugurar este Colegio Mayor equivale a vivir una fecha de gozo en la historia de vuestras Instituciones, desde el punto de vista del Gobierno de España, es consolidar una nueva etapa de realizaciones en el orden de la colaboración privada a la empresa del renacer universitario.

La realidad española

La mejor prueba de que la reforma de nuestros estudios superiores estaba inspirada en la realidad social española, nos la brinda este acto de hoy. La ley ordenadora de la Universidad, no se construyó sobre el vacío ni se fundó sobre simples hipótesis.

Nosotros conocemos los problemas de nuestro pueblo; sus necesidades y sus aspiraciones. Cuando el Régimen legisla, es porque sus gobernantes —dirigidos por el celo del Caudillo— saben muy bien cuáles son las exigencias espirituales y materiales de los españoles. No se nos oculta cuál es el nervio de las inquietudes contemporáneas. Sabemos dónde está la llaga y a ella acudimos con fe y con voluntad para subsanar los errores que nos legaron antiguos períodos de una política decadente.

Los que en torno al Caudillo aspiramos —contagiados de su entusiasmo y de su fe— a transformar una España empobrecida y yerta, en un Estado próspero y vigoroso, somos los que mejor conocemos, por compartirlas en la raíz de nuestra propia alma de españoles, las preocupaciones de la hora presente en cuanto a las perspectivas espirituales y a las necesidades físicas de nuestra Patria.

Por eso, a mí me conforta profundamente y —por qué no decirlo— me enorgullece también la significación de este acto. La vida se va encargando de confirmar lo que en el orden de la cultura eran, para el Jefe del Estado y para mí como ejecutor de sus consignas, hace solamente algunos años, proyectos e ilusiones.

La mayor parte de las esperanzas que en el plano docente o intelectual concibió entonces el Régimen, son hoy una fecunda

realidad. La investigación se ha protegido como nunca lo ha estado en nuestra Patria. A la misión del estudio se le ha dado carácter de misión nacional y, a la Universidad, se le ha atribuído una tarea que no se limita a la pura transmisión de la ciencia, sino que tiene un profundo carácter espiritual que se refiere a la formación total del individuo.

Si hoy podemos asistir a este acto inaugural, es porque la idea de los Colegios Mayores respondía a una exacta y efectiva exigencia de la sociedad. Y es que todo lo que se ha realizado en el plano de la cultura, no ha respondido ni a la frivolidad de la improvisación, ni al espejuelo de un espíritu modernista o imitativo. Fundar Colegios Mayores, para completar en ellos la educación moral de la juventud, no era un capricho del Régimen, sino el imperativo de una política que, por inspirarse en un sentido valientemente católico, no podía, en el plano de la educación, traicionar la noble ideología religiosa del Estado.

Estimular la iniciativa de las Instituciones privadas y de los particulares para la instauración de Centros como este que hoy inauguramos era, por otra parte, misión que correspondía a un Gobierno que quería inspirar su política docente en las doctrinas derivadas del pensamiento pontificio.

La figura del Padre Poveda

De este modo nace hoy, a la vida universitaria, esta admirable Institución establecida bajo el patronato evocador del Padre Pedro Poveda y Castroverde.

La obra de este benemérito sacerdote es, en nuestros días, ejemplo para nuestros mejores educadores. Sus escritos, titulados «Proyectos pedagógicos», «Alrededor de un proyecto», «Diario de una Fundación» y «Simulacro pedagógico», tienen en estos momentos absoluta vigencia para todos aquellos que sienten dentro de su espíritu una sincera inquietud por los problemas de la formación juvenil.

El ejemplo de aquel joven pedagogo que, apenas recibida la

ordenación sacerdotal, llevó la luz de la fe religiosa a aquellos míseros gitanos que vivían en las cuevas de la ciudad de Guadix, donde él terminó precisamente sus estudios, constituye un símbolo imperecedero de todo lo que el entusiasmo y la esperanza de un espíritu fuerte pueden alcanzar en el orden de la vida sobrenatural.

La actitud del Padre Poveda era, en último término, la expresión y el compendio del pensamiento de la España católica. El, como nadie, supo oponer al naturalismo reinante el espiritualismo cristiano; a la neutralidad ideológica, la afirmación del pensamiento católico: a la filosofía krausista y positivista de los pedagogos supuestamente innovadores, la filosofía escolástica y la doctrina educadora de los Pontífices; a los ataques contra la Iglesia, la fervorosa adhesión a su infalible magisterio; a la corriente anti-española que amenazaba con descristianizar nuestro pueblo, la restauración de nuestro espíritu tradicional y cristiano y, en fin, como antítesis del ideal feminista en la educación de la mujer, ese otro supremo ideal que tenía como modelo la figura de la Santísima Virgen y como Patrona y protectora de una Institución concebida para formar a la juventud femenina no sólo en el cultivo de la inteligencia, sino en el santo temor de Dios, la personalidad españolísima, ejemplar y admirable de Santa Teresa de Jesús.

Cuando en el mundo estaban de moda las corrientes pedagógicas de la «Institución libre de enseñanza» que inspiraba sus orientaciones docentes en las doctrinas del *Emilio*, de Rousseau, en España, un modesto sacerdote de Linares, tuvo la valentía de alzar su voz, defendiendo el sentido religioso de la educación. Así, las palabras del Padre Poveda, trascienden todas a caridad, a equilibrio y armonía. «La sociedad presente —decía— necesita de estos dos revulsivos: fortaleza y amor.» Y de ambos elementos supo él dar pruebas admirables cuando los enemigos del resurgir histórico de España y de la recristianización de nuestra cultura, al ver en él el símbolo y el anuncio de un nuevo alborear de la Patria, le fusilaron en un amanecer de 28 de julio de 1936, uniendo

así a su gloria de fundador de esta admirable Institución teresiana, la de mártir por la fe de Cristo y por la gloria de España.

El ejemplo de Santa Teresa

Para vosotros, jóvenes que educáis vuestra inteligencia y vuestro corazón en el ambiente traslúcido y ejemplar que imprime a todas sus obras la Institución teresiana, no os faltan, afortunadamente, huellas ejemplares que seguir y modelos de conducta que imitar.

Porque al lado de la figura próxima del fundador de esta Obra se alza, con el fuerte perfil de un poderoso símbolo, la figura sorprendente de Santa Teresa.

Ningún personaje auténtico en la Historia de España refleja mejor el carácter, la pasión, la grandeza de ánimo, el denuedo, la sencillez y el sacrificio que son característicos en nuestra raza, como este símbolo de ternura y de feminidad virginal que representa la Santa de Avila.

Que la obra de Santa Teresa ha sido fielmente seguida por sus continuadoras, nos lo demuestra precisamente este acto inaugural. Porque si en tres dimensiones se proyectaba el celo religioso de la Santa: en orar, en hacer fundaciones y en escribir al dictado de una mística voz interior, en el acto de hoy se resumen simbólicamente estas tres cosas. Hace unos momentos acabáis de rezar en la Capilla una salve de acción de gracias por el feliz comienzo de esta etapa de trabajos y para que el Señor os ilumine en el éxito de las tareas futuras. El abrir las puertas de este Colegio Mayor constituye un acto del más solemne rango fundacional. Y con el transcurso de los años, la historia de vuestros sacrificios, la abnegación que pongáis en vuestras obras habrá escrito, en letras de oro, los más bellos anales que la mente más ambiciosa pudiera desear para la gloria de esta benemérita Institución.

El catolicismo activo

Vosotras habéis salvado el catolicismo español, como siglos antes lo hiciera la fundadora del Carmelo, de los escollos del quietismo religioso. Santa Teresa, significa la superación, no sólo de la mística afectiva de los hijos de San Francisco, sino de los platonismos renacentistas de San Agustín. Su entusiasmo religioso la hace activa y militante. Del primero, la separa su dinámica capacidad andariega y fundacional; del segundo, la castellana sencillez de unas páginas por las cuales nuestra lengua —como dice Menéndez y Pelayo— mereció ser llamada «lengua de ángeles».

De esa religiosidad activa, tiene mucho que aprender el catolicismo de hoy. Al estilo audaz y dinámico de pelear que caracteriza a los enemigos de la Iglesia, debe corresponder una valiente decisión de enfrentarse con ellos utilizando las mismas armas.

La madre Teresa de Jesús, anciana ya, enferma y perseguida, indiferente al dolor, piadosa con sus detractores, pródiga de amor y misericordia, es —como ha dicho un escritor contemporáneo— el más alto ejemplo del ideal cristiano. Por la viveza de su espíritu por la hidalguía de su carácter, por el donaire de su ingenio, es el símbolo más acabado del alma teológica castellana. El ejemplo de su celo fundador, se denuncia en los treinta y dos conventos instaurados, merced a su ardiente entusiasmo religioso.

Significado de cada época histórica

De la evocación del tiempo en que vivió Santa Teresa, dedúcense lecciones de importancia para nuestra hora. La historia no es nunca producto del azar. Hay un destino universal que los pueblos han de cumplir si no quieren traicionar esa misión que la Providencia les va señalando a través de los siglos. Lo importante es saber interpretar cuál es ese papel que cada pueblo tiene que jugar en los momentos más difíciles de su trayectoria histórica.

Sólo cuando de verdad se alza al frente de los destinos de una Patria un hombre excepcionalmente dotado para interpretar ese

mandato providencial que le ha sido asignado a su pueblo, es cuando éste alcanza las metas definitivas de su grandeza.

La España de Santa Teresa era la misma en la que vivía San Ignacio, la del Beato Juan de Avila, o aquella en la que el Duque de Gandía renunciaba a las glorias terrenas al comprobar la transitoriedad de las grandezas de este mundo.

Era la época en que el Rey Felipe II derrotaba, en Lepanto, las oleadas de un pueblo ansioso de combatir la estructura de la civilización occidental y que amenazaba precisamente a Europa con un signo marcadamente asiático.

En aquel trance histórico, Santa Teresa, es un nuevo instrumento de la Providencia para la reafirmación de los valores espirituales que en el occidente europeo España conservaba como en el más preciado joyel. Lo que España realizaba en el orden militar o político, era traducido a la vida del espíritu por el misticismo de Santa Teresa de Jesús.

¡Qué gran lección para esta época que vivimos! ¡Qué ejemplo tan sabiamente educador para esta juventud femenina que, al compás de la evolución de las costumbres, ha llegado a la Universidad y está dispuesta a ocupar puestos de trabajo y de acción dentro de la vida española!

Estéril quedaría la alta empresa en la que España se viene esforzando desde hace doce años, si el denuedo político de un Caudillo providencial y epónimo no se viese correspondido, en todas las esferas de la vida del Estado, por el trabajo de todos, unánimente movilizados por una fe española y por un alto estímulo sobrenatural.

Pocas veces se ofrecen en el inacabable fluir de los siglos y de la historia, coyunturas tan excepcionales como la de estos años que vivimos. No entenderlo así, equivaldría a perder para España la mejor oportunidad de recuperación histórica. Pero comprender lo que eso significa, es saberse inscritos en el juicio implacable de una grave responsabilidad.

Todos en España, obreros y empresarios, maestros y estudiantes, somos ya responsables de esta España que se nos ha puesto

en nuestras manos para salvarla del abismo en que la tenía sumida la incuria y la dejadez de los últimos siglos.

De esa decadencia, España está resurgiendo no sólo con el trabajo de sus fábricas, de sus talleres y de sus campos, sino con el espíritu de sus hombres de pensamiento. La ciencia entre nosotros es camino para la verdad. Y la cultura —la que enseña la Universidad española, la que se transmite en estos Colegios Mayores— sería vana y sin sentido si no tuviese otra vez, como en los tiempos de Santa Teresa, como aspiración final de todos los desvelos de la inteligencia, el hallazgo definitivo y confortador de la idea de Dios.

INSTITUTO NACIONAL DE PSICOTECNIA - BIBLIOTECA

El magisterio doctrinal de Santa Teresa

Para los profesionales de la pedagogia moderna, los escritos de la Santa abulense brindan no sólo una fuente de investigación, sino el mejor ejemplo de un estilo de enseñar que tiene por canon la transparencia y la sencillez.

Para las estudiantes de hoy convendría recordar estas frases de la mística escritora: «Lo que nos hacía mucho provecho —afirma— es estudiar mucho en la prontitud de la obediencia.» Y en el libro de *Las Fundaciones,* añade: «Si es por contentar a Dios, ya sabéis que se contenta más con la obediencia que con el sacrificio.» Y luego, exaltando las virtudes de la religiosa Beatriz de la Encarnación, dice: «En lo de la obediencia, jamás tuvo falta sino con una prontitud, perfección y alegría, a todo lo que se la mandaba.»

La obediencia para el servicio del estudio y de la disciplina de estos Colegios Mayores es, también en nuestro siglo, la mejor garantía del equilibrio y de la paz.

Pero, además, para servir los grandes ideales de la vida hay que cultivar la inteligencia. En los *Avisos de la Madre Teresa de Jesús para sus monjas,* se lee lo siguiente: «La tierra que no es labrada llevará abrojos y espinas aunque sea fértil; así, el entendimiento del hombre.»

Labrar la tierra, es purificarla. Labrar con el estudio el campo fértil de la inteligencia, es hacerle fecundo para que en él florezcan los frutos del ingenio y de la sabiduría, dirigidos al descubrimiento del bien y la virtud.

¡Dios quiera que en esta Casa que hoy inauguramos resuene constantemente el eco de estas doctrinas teresianas y que ellas sirvan para ordenar y dirigir en el mañana el rumbo de vuestra futura vida espiritual. Tened todas esa «alegría modesta» que dé a entender a los demás el gozo interior que hay dentro de vuestro espíritu. Que ese consejo de «callar sin pesadumbre» que leemos en el libro de *Las Fundaciones*, sea la mejor pauta para la educación moral de la juventud femenina de España!

Y nada más. Para terminar, quiero recordaros unas palabras admirables: «¡Qué gran cosa es el alma —decía Santa Teresa—, este cielo pequeño de nuestra alma!» Pues que estas palabras sean la norma de vuestra conducta. Cuidad ese alma vuestra que el Señor os ha entregado como un reflejo de su divinidad. Que si mañana, como novias, como esposas o como madres, tendréis una misión humana que cumplir sobre la tierra, no podréis ser fieles a ese imperativo que os marca vuestra propia feminidad, si ahora no habéis aprendido a inculcar en vuestro espíritu esos sentimientos de la abnegación, el sacrificio y la caridad que son, en último término, las flores espirituales que brotan en el corazón juvenil, cuando éste ha sabido caldear sus latidos a la lumbre vivificadora del amor de Dios.

Cultivad ese cielo pequeño de vuestra alma y así no defraudaréis las ilusiones de estas horas fundacionales de hoy, en que, para la Institución teresiana, se abre en los caminos de su proyección hacia el futuro, un nuevo horizonte, no sólo de trabajo, sino también de segura y luminosa esperanza.»

Al terminar su discurso, el señor Ministro fué calurosamente aplaudido y felicitado.

Palabras del Patriarca.

Cerró el acto el Patriarca de las Indias Occidentales y Obispo de Madrid-Alcalá, doctor Eijo y Garay, quien en breves y elocuentes palabras elogió la gran tarea educativa de la Institución teresiana, y agradeció la presencia en este acto de la esposa del Caudillo y del Ministro de Educación Nacional, al que dedicó cálidos elogios por su católica y magnífica política docente. Al referirse a los Colegios Mayores, el doctor Eijo destacó el enorme alcance de la empresa llevada a cabo por el señor Ibáñez Martín, que ha conseguido resucitar estas viejas y nobles instituciones escolares de la más pura y noble solera universitaria española.

Terminado el acto, que estuvo precedido por una conferencia de la profesora del Colegio, doña María de los Angeles Galindo, la esposa del Jefe del Estado, acompañada de su hija, la marquesa de Villaverde; del Ministro, de las demás personalidades citadas, recorrió las dependencias del Colegio.